4324

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

ESPECÍFICO MORAL,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EUSEBIO SIERRA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1878.

4

ADICION AL CATÁLOGO DE 30 DE ABRIL DE 1378.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
		Caer en la trampa.....	1	D. Eduardo S. Castilla..	Todo.
»	»	C. Martines.....	1	Lasala y O. de la Torre	»
		El nono no desean.....	1	José Barreda.....	»
5	2	El otro yo.....	1	José Estremera.....	»
		Específico moral.....	1	Eusebio Sierra:.....	»
		Las tres palmatorias.....	1	José de Fuentes.....	»
		Los amigos de Benito.....	1	E. Sierra y A. Sanchez Ramon.....	»
4	1	Los matrimonios del dia-j. o. p	1	Eugenio Picazo.....	»
4	1	Perez y Quiñones.....	1	Vital Aza.....	»
1	2	¡Que viene mi mujer!—j. a. p.	1	F. Oconell.....	»
3	2	¿Quién es Calleja?.....	1	Vidal y Caballero....	»
5	4	Los dedos huéspedes—j. o. p..	2	J. M. Anguíta.....	»
		Jugar á la política.....	2	Ildefonso Valdivia...	»
»	»	Próspero y Vicente.....	2	R. Lopez del Rio....	»
2	1	Amor y amor propio.....	3	Fuentes y Alcon....	»
		La tabla de salvacion—c. a. p.	3	Coello y Herrero....	»
9	4	Las penas del purgatorio.....	3	C. Arana y Fuentes..	»
»	»	Trabajar por cuenta propia...	3	Leandro A. Herrero.	»
		ZARZUELAS.			
		En la calle de Toledo.....	1	B. de Cortes y Rubio.	L. y M.
5	6	El diablo en la abadía.....	2	Sres. Almeda y Mangiagalli	L. y M
3	1	El ruego de una madre.....	2	Sebastian Cruellas...	L. y M
		El destierro del amor.....	2	Sres. Liern, Rubio y Espino.....	L. y M.
		La banda del rey.....	3	José Casares.....	1/0 M.

ESPECÍFICO MORAL.

ESPECÍFICO MORAL,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EUSEBIO SIERRA.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de VARIEDADES en la noche del 6 de Mayo de 1878.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1878.

PERSONAJES.	ACTORES
ADELA	Sra. García (M.)
ENRIQUE	Sr. Vallés.
ANTONIO	Sr. Ruesga.
JUAN	Sr. Tamayo.
CRIADO	Sr. Mazoli.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que manda la ley.

AL PRIMER ACTOR

SR. DON JOSÉ VALLÉS.

AMIGO MIO:

Dicen que un actor bueno puede hacer que guste y se aplauda una comedia mala: es verdad; desde que usted estrenó esta que tengo la honra de dedicarle, sé yo eso por experiencia.

Su afectísimo

EUSEBIO SIERRA.

Madrid 1.º de Junio de 1878.

676889

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/especificomoralc527sier

ACTO ÚNICO.

El teatro representa un gabinete decorado con elegancia. Puerta al fondo; dos á la izquierda del actor y una á la derecha. Un sofá junto á un velador á propósito para que sobre él haga labor una señora. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon se oye dentro gran ruido de platos, y sale D. Juan huyendo con una servilleta prendida al ojal de la levita.

D. JUAN.

¡Eh! Silencio! Basta, basta,
ó voy á pedir socorro!
No hacen caso, sigue el fuego
tan nutrido, ¡si están locos!
Pues ha faltado poquito
para que me salte un ojo
con una cuchara grande
ese bruto del demonio!
Este no es hogar, si este
es un babel espantoso,
donde hablando el mismo idioma
no se entienden unos y otros,
y en que no hay cena tranquila,

ni almuerzo sin alborotos,
ni comida sin belenes,
ni sueños sin gritos roncos.
¡Oh, Dios! Si tu omnipotencia
estableció el matrimonio,
no hay duda que á los humanos
hiciste un servicio gordo!

ESCENA II.

D. JUAN y ANTONIO.

Antonio entra con una sopera rota en la mano.

ANT. ¿Así reciben visitas
ustedes?
JUAN. ¿Qué es eso, Antonio?
ANT. ¿No lo ve usté? Una sopera
que perdió la forma.
JUAN. ¿Cómo?
ANT. Qué sé yo!
JUAN. ¿Y dónde la hallaste?
ANT. ¿Dónde? Aquí, sobre mis hombros.
¡Caramba! Y los que desean
estar en su casa solos
lo dicen de otra manera,
no lo indican de este modo.
JUAN. Pero ¿cayó?
ANT. Desde el cielo,
y con un ruido espantoso!
¿Qué sucede aquí?
JUAN. Que estamos
dados á los diablos todos.
ANT. ¿Hay reyertas?
JUAN. ¡Qué reyertas!
Batallas campales.
ANT. ¿Qué oigo?
JUAN. Ahí tienes una bala
que pudo dejarte cojo.
ANT. Es verdad.
JUAN. ¡Ay! Cada dia
es un dia de trastorno,

y en vez de contar por horas
contamos por alborotos.
Cuando Adela está callada
habla Enrique por los codos;
si Enrique habla bajo, á ella
la pueden oir los sordos;
si él dice negro, ella blanco;
si él que fuerte, ella que flojo,
y así en perpétua contienda
estamos pasando todos
en esta dichosa casa
las penas del purgatorio.

ANT. Voy á verlos...

JUAN. Es locura!

ANT. Pues yo lo haré y no estoy loco.
¿Están comiendo?

JUAN. ¿Comiendo?
¡Aquí no se come, Antonio!

ANT. ¿No se come?

JUAN. Se principia
á comer con buen propósito,
mas no ha llegado el cocido
cuando llega el trueno gordo.
¡Buen testigo esa sopera
sacrificada á sus odios!

ANT. Hácia aquí vienen.

JUAN. Á un lado.

ANT. Hombre, no!...

JUAN. ¡Qué están furios
(Se retiran un poco.)

ESCENA III.

DICROS, ADELA y ENRIQUE.

Éstos últimos sin ver á los dos primeros.

ADELA. Pero ¿y si usted se propasa,
me he de callar, caballero?

ENR. Ya la he dicho á usted que quiero
mandar yo solo en mi casa.

ADELA. Pero ¿y yo?
ENR. ¿Usté? punto en boca.
ADELA. ¿He de callar siempre?
ENR. Sí.
ADELA. Para doblegarme así
necesitaba estar loca.
¡Bien dice mi padre que
no merece usted mi aprecio!
ENR. Su padre de usted es un necio.
ANT. (Á Juan.) (Creo que le alude á usted.
JUAN. (Á Antonio.) Sí señor, así parece.)
ADELA. ¡Un insulto de tal bulto!
ENR. Ese no es ningun insulto,
es sólo lo que merece.
ANT. (Á Juan.) (¿Qué tal, amigo?
JUAN. (Á Antonio.) ¡Paciencia!)
ADELA. Si me desespero y lloro!
ENR. Bien.
ADELA. No tiene usted decoro,
ni dignidad, ni conciencia.
ENR. Bravo!
ADELA. Á usted le han pervertido
ciertos amigos, lo veo;
¡ese mediquillo!
JUAN. (Á Antonio.) (Creo
que has sido tú el aludido.)
ENR. Yo no puedo tolerar...
ADELA. Ni yo puedo consentir...
JUAN. (Á Antonio.) (Esto no se puede oir.
ANT. (Á Juan.) Vamos, tenemos que hablar.)
(Vánse.)

ESCENA IV.

ADELA y ENRIQUE.

ENR. Que se estrelle usted conmigo,
bien, casi lo considero
justo, pero no tolero
que hable usted mal de mi amigo.
ADELA. Y á mí me falta paciencia
y la sangre se me enciende,

oyendo como usted ofende
á mi padre en mi presencia.

ENR. Pues acabe aquí el belen.

ADELA. Yo no soy la que batallo.

ENR. Ni yo.

ADELA. ¿Pues quién!

ENR. Nadie, y callo,
¿quiere usted callar tambien?

ADELA. ¡Ah, sí! La verdad desnuda
le encoleriza y le enfada,
y me ha visto usted humillada
y me quiere usted ver muda.

ENR. Justo, así quisiera verte!...

ADELA. ¿Muda?

ENR. Sí.

ADELA. ¡Qué villanía!

ENR. No te apures, hija mia,
porque no tendré esa suerte.

ADELA. ¡Ay, y que hoy me trate así
usted!

ENR. Pues ¿quién si no yo!

ADELA. ¡El mismo hombre que escribió
las cartas que tengo aquí! (Saca un paquete.)

ENR. ¿Qué cartas?

ADELA. Estas.

ENR. No sé
cuáles serán.

ADELA. Las que un dia
no lejano usted escribía
lleno de amor y de fe.

ENR. ¿Las de novio?

ADELA. Sí.

ENR. ¿Y me asedia
con eso!

ADELA. Oiga usted.

ENR. Señora,
no quiero estudiar ahora
la historia de la Edad Media

ADELA. (Repasando las cartas)
Que períodos!

ENR. Sí, muy bellos..

ADELA. Oiga usted.

ERN. De ningun modo.
ADELA. Las hay hasta en verso y todo...
ENR. ¡Buenos versos serán ellos!
ADELA. ¡No son malos!
ENR. ¡Ya se ve!
ADELA. Algunos hay buenos.
ENR. Sí?
pues... como escritos por mí
y dedicados á usted.
ADELA. Con tu grosería ruda
más me excitas y me ofendes...
quiero que me oigas ¿entiendes?
y me oirás.
ENR. (Tomando una *Correspondencia* que habrá sobre el velador.)
(Lo pongo en duda.)
ADELA. (Lee.) «Señorita: si hoy rendido
llegar hasta vos intento,
es porque el amor que siento
me mata.»
ENR. (Lee.) «Doctor Garrido...»
ADELA. «Grandes serán mis apuros
si no llegais á hacer caso
de este fuego en que me abraso.»
ENR. «Compañía de seguros
contra incendios...»
ADELA. «Mis afanes
premiareis, niña adorada,
con una dulce mirada
y otra dulce...»
ENR. «Mazapanes.»
ADELA. ¿Qué dices?
ENR. Que me importunas
leyendo, y que ya es bastante.
ADELA. ¿Y qué arguyes?
ENR. Que de amante
se escriben muchas tontunas.
ADELA. Sigo. «Sin sosiego queda
quien os dió ya, ángel hermoso,
su esperanza, su reposo,
su alma, su vida...»
ENR. «Almoneda!»

ADELA. Pero ¡qué! ¿Leyendo estás?
ENR. Ya lo ves.
ADELA. Pero...
ENR. Te imito.
ADELA. Eso no es verdad.
ENR. Repito
que te imito, y nada más.
ADELA. No es cierto.
ENR. La lengua ten,
ya demasiado importuna:
¿No estás tú leyendo una
Correspondencia? Pues bien,
yo leo otra.
ADELA. ¡Que gracioso!
ENR. No es gracia, pero es verdad.
ADELA. No, esa es una necedad
digna de mi buen esposo.
ENR. ¡Adela!
ADELA. ¡Enrique!
ENR. ¿Tú quieres
reñir?
ADELA. No me importa nada,
tiranuelo!
ENR. ¡Deslenguada!
ADELA. ¡Qué maridos!
ENR. ¡Qué mujeres!

ESCENA V.

DICHOS y D. JUAN.

JUAN. ¿Aún dura la algaravía?
ADELA. Y durará, sí señor!
ENR. Pero ¿tiene usted valor
para gritar todavía?
JUAN. Templanza! Si cada cual
su propia pasion refrena...
ENR. ¿Cómo? Si esta es una hiena!
ADELA. Papá, si este es un chacal!
ENR. ¿Usted lo oye?
JUAN. Sí, lo he oido.
ADELA. ¿Ve usted cómo me desdora?

ENR. Si fuera un chacal, señora,
me la hubiera á usted comido.
ADELA. Y á ser yo hiena...
ENR. ¡Por Dios
Calle usted.
ADELA. No quiero, ¿estás?
Calla tú.
ENR. Calla tú.
JUAN. Más
vale que calleis los dos.
ENR. No se dirá que batallo
por carácter; no replico.
¿Manda usted que cierre el pico?
JUAN. Mandar no!
ENR. Nada, me callo. (Se sienta.)
ADELA. Eso me causa alegría
y placer.
JUAN. Pues á mí no.
ADELA. Y como él se calle, yo
no diré esta boca es mia.
(Se sienta al otro lado. Pausa.)
JUAN. Muy bien; ¡calma celestial!
¿Quién ha de decir ahora
que esta calma es precursora
del próximo temporal?
ADELA. ¡Si no lo es!
JUAN. Más vale así;
pero si crece el nublado...
ENR. (Levantándose.) Jamás hemos regañado
por mí.
ADELA. (Levantándose.) Ni ménos por mí.
JUAN. Pues ¿por quién?
ADELA. Eso el señor
lo sabrá.
ENR. ¿Quién? ¿yo? ¿por qué?
ADELA. Porque sí.
ENR. No, si eso usted
lo sabe mucho mejor.
ADELA. Ya empieza!
ENR. Si quien empieza
es usted.
ADELA. ¡Usted!

JUAN. ¡Los dos!
ENR. (Á Juan.) Palabra!
ADELA. (Id.) Oiga usted.
JUAN. Por Dios,
no me rompais la cabeza.
Me pone en trance muy duro
el no abandonar mi puesto,
y esto es insufrible, que esto
pasa de castaño oscuro.
Venga á exponer cada cual
con calma sus exigencias;
va á oir á las dos potencias
una potencia neutral.
ENR. Principio.
ADELA. Déjeme usted
principiar á mí.
ENR. No quiero.
ADELA. Permita usted, caballero...
ENR. Dispénseme la merced...
ADELA. No ha de ser, por vida mia.
ENR. Á hablar despues no me allano.
ADELA. ¿Lo ve usted? Si es un tirano.
ENR. ¿Lo ve usted? Si es una arpía.
JUAN. ¡Qué más da!
ENR. Por exigente
no quiero que hable delante.
ADELA. ¡Qué marido tan galante!
ENR. ¡Qué mujer tan obediente!
JUAN. Mirad, un rayo de luz
penetra en la discusion;
para que no haya cuestion
echarlo á cara y á cruz.
ENR. Yo no cedo.
ADELA. Y yo no callo.
ENR. Á mí no me tiene cuenta.
JUAN. Pues bien: habla tú ó revienta
con cinco mil de á caballo.
ENR. Hablo. Recuerdo que usted,
papá-suegro, me casó...
Dios se lo perdone, yo
no se lo perdonaré.
ADELA. ¿Ve usted? Ya empieza á insultar.

UAN. Dejémosle concluir.
ENR. Nada tengo que decir;
que me quiero descasar.
JUAN. ¿Cómo?
ENR. Este infernal consorcio,
esta visto, no es viable,
y es preciso que usted entable
la demanda de divorcio.
JUAN. ¿Tal pides?
ENR. Sí.
JUAN. ¡Qué cinismo!
No será mientras yo viva!
ADELA. Precisamente yo iba
á pedir á usted lo mismo.
JUAN. ¿Tú tambien?
ENR. No hay más que hablar.
ADELA. ¡El divorcio!
JUAN. Pero ve...
ENR. Usted nos casó y usted
nos debe de descasar.
JUAN. Pero atended...
ENR. Nada, ahora
á deshacer este enlace,
y si usted no le deshace
me meriendo á mi señora.
ADELA. ¿Ves qué grosero?
JUAN. Anda, anda.
ADELA. ¡Yo vivir con ese tonto!
ENR. Suegro, la demanda pronto.
ADELA. Papá, pronto la demanda.
(Vánse por las laterales derecha izquierda respectivamente.)

ESCENA VI.

JUAN.

¡Válgame la Vírgen! Esta
es una casa de Orates
donde el que pega más gritos
se juzga más razonable.

¡Parece mentira que estos
sean aquellos amantes
que pasaban horas y horas
embebecidos mirándose!
Si las mujeres son locas,
caprichosas y tenaces...
y los hombres, ¡pist! los hombres
haga usted cuenta qué iguales.

ESCENA VII.

D. JUAN y ANTONIO.

ANT. ¿Me ha olvidado usted?
JUAN. En efecto,
te había olvidado.
ANT. ¡Diantre!
en toda mi vida he visto
una memoria más frágil.
JUAN. ¿Qué quieres? Chico, perdona,
pero me encuentro en tal trance
y en tal apuro, que creo...
ANT. ¡Qué! ¿Siguen las tempestades
domésticas?
JUAN. ¿Qué si siguen?
mucho más furiosas que ántes.
ANT. Me alegro.
JUAN. ¿Qué?
ANT. Que me alegro.
JUAN. ¿Que te alegras?
ANT. Sí, me place
esa discordia.
JUAN. Pero, hombre,
estás loco de remate.
ANT. ¿Loco?
JUAN. Sí, y no me sorprende;
se respira aquí tal aire,
que no extraño pierda el jucio
el que pasa esos umbrales.
ANT. Pues yo estoy cuerdo y muy cuerdo.
JUAN. ¿Y te alegran mis pesares?

ANT. Mucho.
JUAN. Pues mira, hijo mio,
por ahí se va á la calle,
y no más burlas, que ahora
no está el horno para panes.
ANT. Eh, don Juan, tenga usted calma,
no diga usted disparates.
Voy á hacer á usted un inmenso
favor.
JUAN. ¡Qué! ¿Vas á marcharte?
ANT. No; voy á hacer que los chicos
se reconcilien y se amen.
JUAN. ¿Eres Dios?
ANT. No.
JUAN. Pues entónces
puedes tomar el portante:
imposibles solamente
el Ser Supremo los hace.
ANT. ¿Perdió usted ya la esperanza
de volver á ver amantes
á sus hijos?
JUAN. La he perdido.
ANT. Pues permita usted que ensaye
el método que he inventado
para zurcir voluntades
de esposos mal avenidos
con los lazos conyugales:
nada arriesga usted.
JUAN. Eso es cierto:
pero si quieren que entable
la demanda de divorcio,
y me han dicho que cuanto ántes
lo haga mejor.
ANT. Ese encargo
viene bien para mis planes.
JUAN. Pero ¿qué planes son esos?
ANT. Ya los sabrá usted más tarde:
diga usted, el cuarto de Adela,
¿cuál es?
JUAN. Aquel.
ANT. Adelante:
¿y el de Enrique?

JUAN. Ese de enfrente.
ANT. Bueno; principio el ataque
simultáneo.
JUAN. ¿Cuándo empiezas?
ANT. ¿Cuándo? En cuanto usted se marche.
JUAN. ¿Te espero?
ANT. Sí, allá voy pronto.
JUAN. Queda con Dios. (Váse.)
ANT. Él lo guarde.

ESCENA VIII.

ANTONIO.

Me hallo otra vez frente al mal,
y aunque en lucha desigual,
he de atajarle los pasos:
son dos enfermos, dos casos
de cansancio conyugal.

ESCENA IX.

ANTONIO y ENRIQUE.

ANT. (Llamando á la puerta de la derecha.)
¡Enrique!
ENR. (Desde dentro.) ¿Quién es?
ANT. Soy yo,
Antonio. Sal.
ENR. Voy ahí.
Pero ¿estás tú solo?
ANT. Sí.
ENR. ¿Y no está mi mujer?
ANT. No.
ENR. (Fuera.) Salgo entónces
ANT. ¿Qué te pasa
que así te tiene encerrado?
ENR. Poquita cosa; que ha entrado
Lucifer en esta casa.
ANT. Lucifer?
ENR. Sí, Lucifer,
que halló aquí buen acomodo!

ANT. ¿Y en qué forma? ¿De qué modo?
ENR. En forma de... mi mujer:
te lo dice quien la sufre.
ANT. Pero hombre.
ENR. Muy formal hablo;
sí, amigo mio, es un diablo
que hasta tiene olor á azufre.
ANT. ¡Pobrete!
ENR. Vivo en un potro;
pero iré, aun siendo muy tuno,
al cielo, porque ninguno
pasa de un infierno á otro.
ANT. Ese, al fin, es un consuelo.
ENR. Y no un consuelo ilusorio.
Detrás de este purgatorio
será muy hermoso el cielo!
¡El cielo! Allí creo yo
no habrá ninguna mujer!
ANT. Hombre, ¿no las ha de haber?
ENR. No señor.
ANT. ¿Cómo que no?
ENR. No señor, ó esos placeres
eternos son una historia.
ANT. ¿Cómo?
ENR. No puede haber gloria
allí donde haya mujeres:
esto es claro, está á la vista.
ANT. ¡Bah! Te interrumpo, perdona,
veo que no te abandona
ese carácter bromista,
y no estoy para...
ENR. Doctor,
yo bromas!...
ANT. Por lo que ví.
ENR. Hombre, ¿confundes así
la ira con el buen humor?
ANT. Á un lado chistes perdidos:
¿me quieres oir?
ENR. Sí tal.
ANT. Voy á hablarte muy formal.
ENR. Habla, que soy todo oidos.
ANT. Si tu calma me es propicia

no será poca fortuna,
pues tengo que darte una
desagradable noticia.

ENR. ¿Vas á casarte?

ANT. ¡Pardiez!
ya sabes que no me avengo
con el matrimonio.

ENR. ¿Tengo
que casarme yo otra vez?

ANT. Tampoco.

ENR. Pues con tu nueva
de fijo no me incomodas;
en no hablándome de bodas
no hay nada que me conmueva.
Habla ya.

ANT. Ve que ello es fuerte,
grave.

ENR. No me importa un bledo;
hoy ni á tí tengo miedo,
es decir, ni aun á la muerte.

ANT. ¿Vuelve tu informalidad?

ENR. Sigue.

ANT. Pues has de saber
que tienes á tu mujer
enferma de gravedad.

ENR. Esa no es broma, es bromazo.

ANT. Tómalo tú como quieras,
yo hablo de veras.

ENR. ¿De veras?
¡Ay! doctor, dame un abrazo.

ANT. Da treguas al buen humor;
te hablo formal, Dios lo sabe;
está enferma y está grave...

ENR. Dame otro abrazo, doctor.

ANT. Quita.

ENR. ¡Oh! qué fortuna!

ANT. Quita
y contéstame: tu esposa
¿está nerviosa?

ENR. ¡Nerviosa!
ya lo creo.

ANT. Y dí, ¿se agita

cuando se ve contrariada?

ENR. Sí, se agita.

ANT. ¿Y llora?

ENR. ¡Digo!

ANT. ¿Se enfada mucho contigo?

ENR. Pasa la vida enfadada.

ANT. Pues justo, la enfermedad
que va siguiendo su escala;
está muy mala, muy mala.

ENR. ¡Doctor, qué felicidad!

ANT. Pero, hombre, ¿qué es lo que dices?

ENR. No extrañes que así me altere;
si uno de los dos se muere
seremos los dos felices.

ANT. Es que ella muere de fijo.

ENR. ¿De fijo?

ANT. Aunque no te cuadre.

ENR. Antonio, tú eres mi padre.

ANT. ¿Cómo tu padre?

ENR. Ó mi hijo:
lo que tú quieras.

ANT. ¡Qué loco!
Mira que su mal no es leve
y va á morir muy en breve.

ENR. ¿Cuándo? ¿cuándo?

ANT. Poco á poco,
no lo sé; pero quizás
muy pronto.

ENR. ¿Sí?

ANT. En tu aposento
entra un momento.

ENR. ¿Un momento?

ANT. Un momento nada más.
Yo la veré, y en seguida
te diré...

ENR. Pues buena estrella;
quítala la vida á ella
y me das á mí la vida. (Váse.)

ESCENA X.

ANTONIO y ADELA.

ANT. Bien, tú ya estás: voy á ver
si á mí la suerte se inclina,
dándole igual medicina
que al marido á la mujer.

ADELA. (Saliendo.) ¡Doctor!

ANT. Adela, qué grato
placer!

ADELA. Yo tambien le tengo.

ANT. Yo más porque sólo vengo
á hablar con usted un rato.

ADELA. ¿Solamente á hablar conmigo?
Lo dudo.

ANT. Pues es así,
sólo con usted.

ADELA. Creí
que buscaba usted á su amigo.

ANT. Lo que es en este momento
está usted equivocada.

ADELA. Entónces no he dicho nada.
Doctor, tome usted asiento.

ANT. Gracias.

ADELA. Hable usted.

ANT. Señora,
es muy sério.

ADELA. No concibo...

ANT. ¿No sabe usted el motivo
que me obliga á hablar ahora?

ADELA. No por cierto; no lo sé,
y como usted no se explique...

ANT. Vengo por causa de Enrique.

ADELA. ¡Mala causa trae usted!

ANT. Para una mujer que llena
sus deberes, tengo oido
que la causa del marido
es siempre una causa buena.

ADELA. Si eso en tésis general
no tiene contestacion.

en la presente ocasion
no sucede, Antonio, igual.

ANT. Qué dice usted?

ADELA. Cuando un hombre
ama, estima y considera
á la leal compañera
á quien ha dado su nombre:
es muy justo que reclame
de su tierna y dulce amiga
que le obedezca y le siga
y le considere y le ame.
Pero cuando loco y vano
atenta al pròpio reposo
y pasa de tierno esposo
á convertirse en tirano,
pierde todo su poder,
se humilla, se empequeñece,
y no, Antonio, no merece
que le quiera su mujer.
¡Y acaso puede esperar
para sí premio mejor!
¿Cómo pedirá un amor
que él fué el primero en matar?

ANT. Por no discutir, no arguyo.

ADELA. No lo podría usted hacer.

ANT. Sigo con mi parecer
y usted siga con el suyo.
Solo observaré una cosa:
que cuando Enrique se irrita,
no le calma, más le excita
con sus palabras su esposa.

ADEL. Yo salgo de mi desmayo
y recobro mi albedrío
porque el choque, amigo mio,
es el que produce el rayo.

ANT. Si ha de resultar quimera
de esta cuestion enojosa,
que pasemos á otra cosa
es mejor.

ADELA. Como usted quiera.

ANT. Hablemos, amiga mia,
de lo que me trae aquí

que es bastante grave...

ADELA. ¿Sí?
Pues ninguno lo diria
al verle á usted retardar
esa nueva.

ANT. Lo que prueba
que traigo una mala nueva
y me cuesta el empezar.

ADELA. ¡Ay, mala! Hable usted en seguida.

ANT. Al médico, no al amigo,
oiga usted.

ADELA. Pronto.

ANT. Pues digo
que está en peligro la vida
de Enrique; que una dolencia
rebelde á la medicina,
sin inquietarle le mina
poco á poco la existencia,
y que su salud reclama
gran cuidado.

ADELA. ¡Oh, Dios!

ANT. ¿Y llora?

ADELA. ¿No he de llorar?

ANT. Ah, señora,
¿ve usted como aún le ama!

ADELA. No, no.

ANT. Entónces, ¿cuál ha sido
la causa de ese dolor?

ADELA. Vierto llanto por amor
al prójimo, no al marido.

ANT. ¡Buen distingo!

ADELA. Bueno, Antonio,
porque lógica le sobra;
si le pierde, no recobra
el amor un matrimonio.
Y por eso al ver llorar
á mi esposo, su mujer
le puede compadecer,
pero no le puede amar.

ANT. No discuto, ántes sumiso
cedo.

ADELA. ¡Qué dia el de hoy!

ANT. Y pues cumplí ya, me voy
si usted me da su permiso.
ADELA. Le tiene usted, adios.
ANT. Adios,
señora. (Ya prendió el fuego,
y de mi ciencia reniego
si no se curan los dos. (Váse.)

ESCENA XI.

ADELA y ENRIQUE.

ENR. (Saliendo.)
Antonio!
ADELA. Se fué.
ENR. ¿Has hablado
con él?
ADELA. Sí, me ha entretenido
un rato.
ENR. Pronto se ha ido.
ADELA. Sin duda estará ocupado. (Con interés.)
¿Cómo te encuentras?
ENR. ¿Yo? Bien.
¿Y tú? (Con interés.)
ADELA. Bien. (Se sienta en el sofá.)
ENR. (Sentándose en la butaca)
(¡Tan sosegada!)
ADELA. (Pobre, no sospecha nada.)
ENR. (Infeliz, esté en Belen.)
(Pausa. Adela hace labor. Él lee.)
ADELA. ¿No hablas?
ENR. ¿Y para qué hablar?
ADELA. Bueno.
ENR. No estoy por reñir.
(El tiempo que ha de vivir
no la quiero disgustar.)
ADELA. No reñiremos, descuida,
si yo ya no me sofoco...
(Que pase alegre lo poco
que le queda ya de vida.)
ENR. ¿No te sofocas?
ADELA. No tal:

¿y tú?

ENR. Tampoco.

ADELA. Eso es bueno.

ENR. ¡Si estoy de júbilo lleno!

ADELA. ¿De júbilo? Ménos mal. (Pausa.)
¿No vas al Casino?

ENR. No,
esta noche ya no salgo.

ADELA. (Corriendo hácia él y con interés grande.)
¡Ay! ¿Qué tienes? ¿Te duele algo?
¿Estás enfermo?

ENR. (Con sorpresa.) ¿Quién? ¿yo?

ADELA. No lo ocultes.

ENR. (Tiene gracia.)

ADELA. No lo ocultes, te lo ruego,
cuídate. no vaya luégo
á ocurrir una desgracia.

ENR. Hija, cese tu inquietud.
(¡Qué amable!)

ADELA. Pues mira, al verte...

ENR. Gozo, por mi buena suerte,
de una perfecta salud.

ADELA. Es que, mira...

ENR. Se acabó!
(Volviendo al sofá.)

ADELA. (Ay, cuando llegue á saber!...)

ENR. (Ya quisieras tú tener
la salud que tengo yo.) (Pausa.)

ADELA. Ay!

ENR. (Corriendo hácia ella y con interés.)
¿Qué es eso? ¿Qué te has hecho?
¿Te encuentras mal? Con franqueza.
¿Tienes dolor de cabeza,
ó de estómago, ó de pecho?

ADELA. No.

ENR. Pues, ¿dónde es el dolor?
Habla, que estoy impaciente.
¿Deseas que llame gente?
¿Quieres que venga el doctor?

ADELA. No, hombre, no, no tengas miedo.
(¿Qué amable?) Estáte tranquilo.

ENR. ¿Qué fué?

ADELA. Que al pasar el hilo
me he pinchado en este dedo.
ENR. Pues cuidado.
ADELA. ¿Qué eso mandes?
ENR. Puede ser grave.
ADELA. Tú sueñas.
ENR. Á veces causas pequeñas
producen efectos grandes.
Y una aguja que se mete
de ese modo tan extraño,
puede hacer mucho más daño
que la punta de un florete.
Yo que tú me acostaría.
ADELA. ¿Por esto? ¿No consideras
que no hay causa?
ENR. Haz lo que quieras.
ADELA. ¡Fuera buena tontería!
(Se vuelven á sentar en el sofá ella y él en la butaca.)
(¡Qué amable! !Y no le perdona
la muerte, segun Antonio!)
ENR. (Pues señor, el matrimonio
gusta cuando se abandona.)
ADELA. (Cuando le voy á perder
recuerdo lo que le he amado.)
ENR. (Lo cierto es que nunca ha estado
tan amable mi mujer.)
(Tosen los dos, y al correr cada uno hácia el otro se encuentran en mitad de la escena.)
¡Adela!
ADELA. ¡Enrique!
ENR. ¿Te ha dado
algo?
ADELA. No. ¿Y á tí? has tosido.
ENR. Has sido tú.
ADELA. No, tú has sido...
¿Acaso estás constipado?
ENR. Eso te pregunto yo:
no estás bien.
ADELA. Si tú eres quien
no se encuentra nada bien.
ENR. Tú sufres.

ADELA. Hombre, yo no.
ENR. Nada, yo miro por tí.
(Toca un timbre.)
ADELA. ¿Qué haces?
ENR. Evito un disgusto.
(Al Criado.) Pastillas de Belmet.
ADELA. Justo,
te vendrán muy bien, sí, sí.
ENR. Si son para tí, hija mia.
ADELA. No, para tí.
ENR. Pero Adela...
ADELA. ¿Qué haces ahí? (Al Criado.)
ENR. (Id.) Corre, vuela!...
CRIADO. Y de qué confitería
las quiere el señor?
ENR. (Á Adela.) ¡Qué gracia!
ADELA. Es verdad.
CRIADO. (Ellos se entienden.)
ADELA. Esas pastillas las venden
en...
ENR. En cualquier farmacia.
CRIADO. ¿Y qué es farmacia?
ENR. Botica,
animal.
ADELA. ¡Otra que tal!
CRIADO. En la botica, animal?...
pues así es como se explica. (Váse.)
ENR. (Yendo hácia la butaca. Adela ya en el sofá.)
Por un milagro de Dios
anda ese bruto en dos piés.
ADELA. No te enfades.
ENR. Si ya ves
que no me enfado.
ADELA. Los dos
cabemos aquí. (En el sofá.)
ENR. (Sentándose.) Es verdad.
¿No te molesto?
ADELA. Es tu puesto.
ENR. No, porque si te molesto
dilo con sinceridad.
ADELA. ¡Quiá!
ENR. (Y que se muera tan pronto!)

ADELA. (Por su triste fin suspiro!) (Pausa.)
¿Por qué me miras?
ENR. Te miro,
porque me gustas.
ADELA. ¡Qué tonto!
ENR. ¿Por eso me has de llamar
tonto?
ADELA. Claro.
ENR. No pretendo
ofenderte, y si te ofendo
no te volveré á mirar.
ADELA. No digo eso.
ENR. (Ay, me excita
con los ojos.)
ADELA. Decir quiero
que estás hoy muy zalamero.
ENR. Y tú en cambio, muy bonita;
pero muy bonita.
ADELA. Á ver,
¿qué es eso?
ENR. La verdad clara.
(Con qué gusto la abrazara
si no fuera mi mujer.)
ADELA. Eres muy malo, muy malo...
ENR. Es verdad, y tú, en cambio, eres
la mejor de las mujeres.
ADELA. ¿La mejor?
ENR. Sí. (¡Ay, me resbalo!)
ADELA. Calla.
ENR. Callo.
ADELA. (No quisiera
ya oirle.)
ENR. (Ya desvarío;
que no se muera, Dios mio!)
ADELA. (¡Dios mio, que no se muera!)
ENR. (Yo la abrazo, es mi mujer
y esa libertad me tomo:
nada, la abrazaré como
que la abrazo sin querer.
Con cautela pondré aquí
el brazo.) (Rodeándola los hombros.)
ADELA. (Notándolo.) ¡Ay!

ENR. ¡Qué! ¿Te incomodo?
¿Le quito?
ADELA. De ningun modo;
no, hombre, no; déjale así.
ENR. ¡Adela!
ADELA. ¡Enrique! ¿qué dices?
ENR. Nada.
ADELA. Algo, dilo, vamos...
ENR. Que parece que aún estamos
en nuestros tiempos felices.
ADELA. Es cierto.
ENR. ¡Alegre consorcio
el de entónces! ¡que de extremos!
ADELA. Y dí ¿por qué no volvemos?...

ESCENA XII.

DICHOS y D. JUAN.

JUAN. La demanda de divorcio
con tanta urgencia pedida
la traigo ya en toda regla.
ENR. ¡La demanda!
ADELA. ¡La demanda!
ENR. Sí, la demanda.
JUAN. Esta es buena!
Despues que he corrido medio
Madrid, sólo por traerla
cuanto ántes, parece ahora
que la haceis ascos.
ENR. No es cierta
esa afirmacion: ¿cómo ascos?
ADELA. Ascos, no señor.
ENR. Y en prueba
de ello...
JUAN. ¡Qué! vamos, acaba...
ENR. (Ap. á Juan.)
(Tenemos que hablar.)
ADELA. (Id.) (Es fuerza
que hablemos; el pobre Enrique
se muere.)
ENR. (Id.) (Se muere Adela.)

JUAN. Vaya, dejaros ahora
de representar comedias
y al asunto.
ADELA. (Ap. á Juan.) (Está muy grave.)
ENR. (Id.) (Va usted á matarla.)
JUAN. Pero esta
es una farsa rídicula,
impropia de gente seria!
CRIADO. Las pastillas.
JUAN. ¿Qué pastilla?
ENR. (Cogiéndolas.) ¡Gracias á Dios! Vaya, prueba
á ver si te alivias.
ADELA. Hombre;
pero si eres tú el que de ellas
necesita.
ENR. Tú tosiste.
ADELA. Tú tosiste con más fuerza.
ENR. Toma.
ADELA. No, tú; no seas necio.
ENR. Mujer, tú sí que eres necia.
Toma.
ADELA. Que no quiero.
ENR. Vaya,
tú media y yo la otra media.
ADELA. Así bien. (Por él la tomo.)
ENR. (¡Bah! la tomaré por ella!)
JUAN. Vaya, concluyan los mimos
y á firmar; aquí está, ea,
¿quién firma?
ADELA. Fírma tú, Enrique.
ENR. Oh, eso no, firma tú, Adela.
ADELA. Tú primero.
ENR. Tú delante.
JUAN. Si da lo mismo, cualquiera.
ENR. (Si firmo y se muere ¡cáscaras!
es un cargo de conciencia.)
ADELA. (No quiero remordimientos
para despues que él se muera.)
JUAN. Vamos, quién firma?

ESCENA XIII.

DICHOS y ANTONIO.

ANT. (Cogiendo el papel que se supone la demanda.)
Ninguno.
ENR. ¿Qué haces, Antonio?
ANT. Romperla,
ya lo ves.
ENR. Lo veo, pero...
ADELA. Pero...
ANT. No hay pero que valga,
y aunque salga lo que salga
yo la rompo porque quiero.
(Á Adela.) ¿Me guardará usted rencor?
ADELA. Yo no.
ANT. (Á Enrique.) ¿Y tú?
ENR. Tampoco, amigo.
ANT. Y don Juan?
JUAN. ¡Quiá! Si yo digo
que eres nuestro salvador.
ANT. ¿Probó bien mi tratamiento?
JUAN. Sí, probó perfectamente.
ENR. (Á Antonio.)
¿La has dado acaso?...
ANT. ¡Inocente!
ADELA. (Á Antonio.) ¿Halló usted un medicamento?
ANT. Vaya, cese la inquietud...
ENR. Pero...
ANT. Cállate, si puedes:
los dos disfrutan ustedes
de una perfecta salud.
ADELA y ENR. ¡Los dos!
(Con sorpresa.)
ANT. De júbilo lleno
pongo punto á vuestra pena.
ENR. De modo que ella...
ANT. Está buena.
ADELA. De modo que él...
ANT. Está bueno.
Mi específico moral

con gran fortuna he ensayado;
por él os habeis curado
del cansancio conyugal.

ENR. ¿Creiste mi muerte?

ADELA. Pues;
la tuve por cosa cierta.

ENR. Y yo te juzgaba muerta
ántes que pasara un mes.
Un abrazo...

ADELA. Y mil.

ANT. Quizás
habreis ambos aprendido...

ADELA. Sí.

ENR. Lo que hoy ha sucedido
ya no sucederá más.

ANT. Bien: Cuando existiendo amor
luchan marido y mujer,
quien mejor sabe ceder
es el que quiere mejor.

ADELA. La moraleja me agrada.

ENR. Y tambien es de mi agrado.

ADELA. (Al público.)
Si á tí no te ha disgustado
dilo con una palmada.

FIN DE LA COMEDIA

PUNTOS DE VENTA.

MADRID

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.